

AGUSTÍN RAMÓN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Lepanto, la batalla decisiva

SEKOTIA

© Agustín Ramón Rodríguez González, 2021
© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2021

Primera edición: septiembre de 2021

EDITORIAL SEKOTIA
WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA
MAQUETACIÓN: MANUEL MONTERO REINA

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18757-49-5
Depósito legal: CO-694-2021

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Índice

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO I. EL IMPERIO OTOMANO FRENTE A EUROPA	19
CAPÍTULO II. EL EMPERADOR CARLOS Y EL SULTÁN SOLIMÁN	41
CAPÍTULO III. BARCOS, ARMAS Y HOMBRES	75
CAPÍTULO IV. UNA LUCHA SIN ESPERANZA.....	107
CAPÍTULO V. EL ASEDIO DE MALTA	135
CAPÍTULO VI. ALIADOS A LA FUERZA	159
CAPÍTULO VII. LA CAMPAÑA DE LEPANTO	185
CAPÍTULO VIII. LA MÁS ALTA OCASIÓN QUE VIERON LOS SIGLOS	209
CAPÍTULO IX. EL DECLIVE DE LA AMENAZA	247
CONCLUSIÓN.....	283
APÉNDICE I. LA FLOTA CRISTIANA EN LEPANTO	293
APÉNDICE II. LA FLOTA OTOMANA EN LEPANTO	303
APÉNDICE III. UN SOLDADO LLAMADO MIGUEL DE CERVANTES ..	315
BIBLIOGRAFÍA	327

PRESENTACIÓN

Desde las olvidadas hazañas protagonizadas hace casi ocho siglos por marinos tan notables como Ramón Bonifaz, primer almirante de Castilla, y Roger de Lauria, gran almirante de la Corona de Aragón, muchas de las más brillantes páginas de la historia de España se han escrito sobre las cubiertas de nuestros buques.

Agustín Ramón Rodríguez González, que siente la mar como cualquier marino, ha hecho más que ningún otro autor por dar a conocer esas páginas a los españoles tal como realmente fueron, limpiando nuestra historia naval de las inexactitudes y errores de apreciación tan frecuentes en otros historiadores, seguramente consecuencia de la contaminación de muchas de las fuentes originales por la propaganda de guerra de la época.

De entre todas las páginas que tienen la mar como escenario destacan tres que, a mi juicio, merecen estar escritas en letras de oro, no ya en la historia de España, sino en la historia de la humanidad: el descubrimiento de América, la primera circunnavegación y Lepanto, la batalla decisiva que protagoniza este libro. Cada una de estas páginas ha contribuido a que el mundo sea hoy tal como es. Sin embargo, todas ellas han sido —y continúan siendo— discutidas por muchos autores, no solo extranjeros sino nacionales.

La batalla de Lepanto, que tan acertadamente analiza el autor en este libro, no ha sido cuestionada por sus resultados, que no dejan

lugar a interpretaciones. Pero sí se ha restado valor a sus consecuencias estratégicas. Partiendo de dos hechos ciertos —que la Santa Liga no encontró razones para mantener la unidad tras la victoria que daba seguridad a sus propias costas, y que el Imperio otomano consiguió reponer en breve plazo sus galeras perdidas— se ha discutido la importancia de una jornada verdaderamente histórica que, de haber terminado con la derrota de don Juan de Austria, habría cambiado el futuro de la Europa mediterránea.

Con su habitual estilo claro, ameno y riguroso, Agustín Ramón Rodríguez González demuestra sobradamente el carácter decisivo de una batalla cuyo entorno histórico no siempre había sido bien explicado. A pesar de lo agresivo de la campaña aliada, que bajo el mando de líderes tan audaces como don Juan de Austria y don Álvaro de Bazán se atrevió a desafiar a la armada otomana en su propio terreno; y a pesar de las colosales dimensiones de las armadas que allí se enfrentaron, Lepanto fue una batalla estratégicamente defensiva que consiguió alcanzar un objetivo entonces vital y en absoluto sencillo: alejar la amenaza otomana del Mediterráneo Central. Aunque no puso fin al enfrentamiento entre la Monarquía hispánica y el Imperio otomano, ni eliminó la amenaza del corso berberisco, la gran victoria de las armas cristianas cambió las reglas del juego, no solo en el orden militar sino también en el moral. Caído el mito de su superioridad naval, el Imperio otomano nunca recobraría del todo la iniciativa en la mar y comenzaría su lenta decadencia mientras Felipe II, obligado por las circunstancias, ponía sus ojos en los nuevos desafíos que se le presentaban en el Atlántico.

Juan Rodríguez Garat
Almirante

Director del Instituto de Historia y Cultura Naval

PRÓLOGO

Agustín Rodríguez es bien conocido en el panorama de la historiografía naval actual. Su tema más estudiado ha sido el de la marina, la política naval y las acciones navales de los buques «modernos», de los que ya no precisaban ni de la fuerza del viento, ni del esfuerzo de los remeros. Su pluma ha tratado, siempre con rigor y acierto, los medios, las circunstancias, las vicisitudes, los programas y los protagonistas de ese largo período que abarca la marina isabelina, la de la Restauración y la del ocaso colonial, así como la de la recuperación subsiguiente de principios del siglo XX.

Desde que en 1988 publicase su *Política Naval de la Restauración*, Agustín Rodríguez es un valor muy a tener en cuenta. Con motivo de la conmemoración del «98 naval», sus aportaciones fueron decisivas.

Aunque también estudioso de otras épocas —sus trabajos sobre tipología y táctica naval de los siglos XVI a XVIII fueron muy señalados— parecía que el vapor, la coraza, el torpedo y la navegación submarina habían acaparado con gran preferencia su atención de analista.

Ahora nos sorprende muy gratamente con esta nueva publicación. Escribir sobre Lepanto constituye hoy en día un riesgo, ya que la investigación sobre tan importante gesta parece haber tocado fondo, contándose por centenares las publicaciones que la han estudiado en su conjunto o en alguno de sus aspectos concretos. La conmemoración de su IV Centenario, en 1971, supuso para muchos una

reactivación del interés de la historiografía por ella, pero también, para no pocos, el dar por zanjado un tema reconocido con anterioridad como prácticamente agotado.

Afortunadamente, algunos estudiosos asumieron el reto. Los recientes trabajos de Fernández Álvarez y de los hermanos García Hernán, así como recopilaciones inéditas de correspondencia contemporánea, como la de Vargas-Hidalgo, demostraron la necesidad de continuar trabajando en el campo de la investigación y de la interpretación, ya que junto con lo que aún queda por revisar en los archivos españoles, nos espera un estudio documental comparativo de estos fondos con los del Staatsarchiv de Viena, los del Archivo Segreto Vaticano o los del Archivio di Stato de Venecia, entre otros, incluidas las fuentes turcas.

Aunque se hubiese agotado la cantera investigadora, siempre habría quedado abierto el atractivo panorama de la interpretación novedosa y abierta que complementa y enriquece, más que contradice, la tradicional, y de la que nuestro autor es lúcido representante, encuadrando «la batalla que salvó a Europa» en un contexto político bipolar que enfrenta un imperio turco, heredero del de Constantinopla no solo en el ámbito geográfico, sino también en su preparación y desarrollo armamentista militar y naval, a una Liga poco consistente de potencias católicas, divididas por intereses particulares, que acabarán por anular los esfuerzos y los resultados de la propia victoria.

Rodríguez rememora el largo enfrentamiento norteafricano de españoles y berberiscos con fortuna alternante y final deficitario para las fuerzas imperiales tras el desastre de Argel. La era filipina parece una continuación de la anterior guerra de alfilerazos en la que se gastan buena parte de las energías de la corona y que trasciende al dicho popular y al refrán proverbial: «Los Gelves, madre, ¡malos son de ganarse!», hasta llegar al socorro de Malta, punto de inflexión en la creciente amenaza musulmana y que supone la toma de conciencia por parte del rey de España de la importancia del escenario, merecedor del empeño máximo y de algún sacrificio del interés nacional en aras del colectivo internacional en peligro,

que hasta entonces solo había merecido, por lo que a los caballeros de San Juan se refiere, un «*Piccolo soccorso*».

Preludio sin duda de la alianza cristiana fue el socorro de Malta; Malta y Lepanto forman conjuntamente y con solo seis años de distancia, el eje gravitatorio del cambio de situación que avanza de un éxito defensivo a la victoria en plena contraofensiva. La localización de los teatros de operaciones es bastante significativa.

En el proceso analizado, a un cumplido examen de los medios, de la gente de mar, de la de tropa, de la chusma y de las tácticas en cada uno de los bandos, sigue el de la ardua gestión diplomática encaminada a unificar los esfuerzos, tras haber desaprovechado el turco la quinta columna representada por los moriscos españoles.

«Aliados a la fuerza» es un certero análisis del «punto de honor» español y de la tortuosa diplomacia veneciana, potencias en torno a las que gravitan otras menores de Italia, con intereses estratégicos muy diversos e incluso antagónicos. A Pío V le tocó en suerte avenirlos.

El estudio de la batalla en sus diversos estados es, sin duda, una necesaria aportación a la comprensión de la misma, hábilmente salpicado de anécdotas testimoniales: choque en el flanco izquierdo, acción decisiva en el cuerpo o batalla, fallido contraataque del tiñoso Uluch... son otras tantas fases que determinan el desenlace.

Agustín Rodríguez valora acertadamente la importancia que por ambos lados contendientes se atribuyó contemporáneamente a la batalla, ya que Cervantes, como es bien sabido, la consideró «la más alta ocasión que conocieron los siglos», consideración en la que coinciden todos los contemporáneos, desde López de Gómara a Cabrera de Córdoba, pero —y esto es menos conocido— del lado otomano, Alí Pachá vino a concordar con ellos al resumir en los momentos previos al encuentro frontal, la opinión de los bajaes del mar cuando afirmó, como parece: «el que hoy gane la victoria será señor del mundo». De ahí su enorme trascendencia en el mundo del arte, de la literatura y de la devoción popular.

La nula explotación del éxito se encargó de dar un mentís a estas estimaciones. Rodríguez González lo analiza.

Las operaciones posteriores a Lepanto llevadas a cabo en el Peloponeso en 1572 justificaron la reticencia de Felipe II a acometerlas. La larga campaña a lo largo de la estrecha faja costera desde el cabo Matapán, sin bases propias aprovechables, finalizó en fracaso y de este surgieron las discrepancias entre los aliados, abandonando Venecia la Liga por dar preferencia sobre cualquier otra consideración al lustre de su comercio el 7 de marzo de 1573.

A la toma efímera de Túnez por don Juan de Austria del 11 de octubre de ese año sucede su pérdida un año después, lo que obliga a plantearse la cuestión: ¿de qué sirvió realmente Lepanto? A primera vista, al desaprovecharse la oportunidad temporal de inferioridad naval musulmana, parece que de muy poco. Nuestro autor habla acertadamente de recuperación asombrosa de la armada turca y de renovada acometividad, pero todo ello acabó conduciendo a una situación de tablas que a su vez hizo posible las sucesivas treguas de 1578, 1580 y 1581, renovada esa última en 1584 y 1587; ceses consensuados de hostilidades marítimas a los que siguieron situaciones poco definidas en cuyos momentos más extremos no se pasó más allá de lo que John Lynch calificó de meras fanfarronadas propagandísticas.

Lepanto rompió directa e inmediatamente el mito de la invencibilidad turca, infundiendo seguridad en sí misma a una España acosada por todos sus flancos e, indirectamente, puso fin a un período de supremacía musulmana.

«La Naval» trajo consigo a medio plazo una retirada estratégica del poder marítimo turco —que no del terrestre—, que supo captar en su *Canción por la Vitoria del Señor don Juan Fernando de Herrera*, que lo compara a una serpiente herida, pero no muerta:

Que con hondos gemidos
Se retira a su cueva silbos dando.

La flota turca, detenida en sus frecuentes correrías por el Mediterráneo central, fue víctima de su propia desescalada y de su

inactividad, pudriéndose aceleradamente sus enjambres de galeras en sus atarazanas y careneros.

Sin Lepanto, Europa se podría tal vez haber salvado, pero no la Europa que constituye nuestro legado histórico.

Agustín Rodríguez sabe transmitir, como el buen educador que es, con un estilo ameno y sencillo, una gesta que no debe ser olvidada.

Hugo O'Donnell
Real Academia de la Historia



Grabado de la Batalla de Lepanto de Giovanni Battista de Cavalieri.

INTRODUCCIÓN

Pese a lo que pueda parecer a primera vista, Lepanto no es historia muerta, pues todavía hoy son evidentes y dolorosas las consecuencias de la expansión otomana, desde Bosnia hasta Irak, desde Libia hasta el Cáucaso. Por tanto, la batalla que marcó el inicio de la decadencia de ese imperio, al impedir su expansión ultramarina y su entrada en los grandes circuitos del comercio trasatlántico, es hoy de gran interés y actualidad, no un acontecimiento irrelevante ya por lo antiguo que interese únicamente a algunos polvorientos eruditos.

Por todas estas razones consideramos de interés volver sobre un hecho histórico como es Lepanto, aunque muchos creen que no lo tiene o que saben todo lo necesario sobre la cuestión.

Desgraciadamente al público interesado le han llegado dos imágenes contrapuestas de la famosa pero en general poco conocida batalla, sus antecedentes y consecuencias.

De un lado imágenes más retóricas que documentadas y carentes de un sereno análisis y valoración de los hechos, especialmente en trabajos españoles e italianos, de otro, una minusvaloración del significado real de la batalla y sus resultados, más propia de los países que no participaron en ella en el bando vencedor, por no hablar de la esperable entre los vencidos.

No espere el lector sensacionales descubrimientos o revelaciones sobre Lepanto y las campañas navales en el Mediterráneo durante el

siglo XVI y comienzos del XVII, que creemos suficientemente estudiadas hasta la fecha.

Lo que hemos querido ofrecer es una visión completa y razonada de toda la cuestión, enmarcando la batalla misma dentro de los acontecimientos de su época y de forma algo más sintética y amena que en las obras clásicas. También la hemos sometido a algunas reflexiones que pocas veces se han hecho sobre ella hasta ahora y que nos pueden ayudar a una mejor comprensión y valoración de los hechos, así como a acercarla a un público culto e interesado pero no especializado.

Con frecuencia se ha abusado de la expresión «batalla decisiva» a lo largo de la Historia al conferírsele a enfrentamientos que no tuvieron más que una trascendencia local y momentánea, y sin embargo se ha regateado por muy diferentes autores y en distintas épocas darle a Lepanto tal categoría, cuando de hecho ha tenido una enorme trascendencia mundial cuyas últimas derivaciones llegan hasta nuestros días. Ese ha sido nuestro empeño.

Pero será el lector quien juzgará si hemos conseguido estos solo aparentemente modestos objetivos.

CAPÍTULO I

EL IMPERIO OTOMANO

FRENTE A EUROPA

Cuando en la tarde del 29 de mayo de 1453 cayó al fin Constantinopla tras el asedio de los turcos al mando del sultán Mohammed II, que había empezado el 3 de abril, muchas cosas cambiaron de pronto en el mundo.

En primer lugar, desaparecía el último vestigio del Imperio Romano, casi mil años después de que cayera la propia Roma. Pero durante todos esos años, los emperadores bizantinos habían conservado gran parte del prestigio del antiguo imperio, e incluso, durante algún tiempo, muchas de sus glorias y hasta de sus territorios. Buena parte de la cultura europea de la Edad Media y del Renacimiento es inexplicable sin la decisiva aportación bizantina, tanto en el arte, especialmente la arquitectura, como en la filosofía, por citar solo dos aspectos.

En segundo lugar, caía la principal ciudad de la Cristiandad, la segunda Roma fundada por el mismo emperador Constantino que reconoció al cristianismo. Roma tenía un innegable y grandioso pasado pagano, Constantinopla había sido siempre cristiana. Y el mayor templo de la Cristiandad, la maravillosa Hagia Sofía o Santa Sabiduría, había sido convertido en mezquita y sus preciosos mosai-

cos tapados con yeso para no ofender con su supuesta idolatría los ojos de los musulmanes, y añadidos cuatro minaretes al edificio.

Toda una etapa de la historia de la Humanidad, y más concretamente de Europa y del Mediterráneo, se cerraba con la aparición de los últimos «bárbaros», ahora no paganos o sumariamente cristianizados como los del norte, sino musulmanes.

Los turcos ya habían pasado a Europa casi exactamente cien años antes, en 1354, cuando establecieron una base en Gallipoli, y derrotado a los serbios en Kosovo en 1389. Constantinopla era pues una isla cristiana cuando cayó, pero era aún un eficaz valladar contra la expansión turca, al sucumbir, la suerte de los Balcanes y hasta de parte de la Europa central y del Este estaba echada. Y no lo olvidemos, en 1453 todavía existía el reino nazarí de Granada, y nada parecía anunciar que no pudiera seguir existiendo o incluso ampliarse en el futuro. Más bien, la que parecía estar en peligro era la propia Roma.

Las preguntas son inmediatas: quiénes eran esos turcos capaces de revitalizar el Islam y lanzarlo de nuevo a la ofensiva, tras siglos de defensiva, y cómo la Cristiandad europea permitió, casi sin enviar ayuda, salvo la escasa de venecianos y genoveses, interesados en el comercio con Oriente, que Constantinopla cayera.

LA EXPANSIÓN TURCA

El pueblo turco, originario del Turkestán, tuvo su momento de gloria con los selyúcidas, de Seljuk, uno de sus primeros jefes, al derrotar decisivamente al entonces todavía poderoso Imperio Bizantino en la batalla de Manzikert en 1071, que les dio el dominio casi completo de la península de Anatolia, que hasta entonces había sido el núcleo del imperio y donde reclutaba sus mejores hombres.

Tras la invasión de los mongoles, que puso fin al imperio selyúcida, los turcos renacieron bajo la jefatura del mítico Ertughrul, y especialmente por sus sucesores, Osmán u Otmán, del que deriva el

genérico otomano, y por su hijo Orján, que cubren con sus reinados desde 1281 a 1362. Al empuje propio de un pueblo nuevo, unieron el de ser fervorosos «*ghazis*» o guerreros de la fe musulmana (1).

Las muy estimables dotes de liderazgo de Osmán y de su hijo, a la hora de convertir un amasijo de tribus y de señores independientes en un estado fuerte y centralizado, se vieron favorecidas por la debilidad creciente de Bizancio, que nunca pudo recuperarse de su saqueo por los cruzados en 1204. Las diferencias entre el cristianismo ortodoxo de los bizantinos y el católico de los europeos occidentales impidieron una ayuda efectiva, y ya sabemos que para 1354, los turcos habían pasado al continente europeo.

Constantinopla, con su triple circuito de murallas y su populosa población, era un hueso demasiado duro de roer, pero Grecia y los Balcanes eran otra cosa, y pronto las posesiones bizantinas en estas y otras regiones empezaron a caer una tras otra, llegando, como hemos dicho, a Kosovo en 1389, decisiva victoria sobre el reino serbio que se unió a la de Maritza en 1371.

Una reacción de los europeos, en forma de cruzada, fue aplastada por el sultán Bayaceto I en Nicópolis en 1396. Pero Europa obtuvo un inesperado respiro por otra incursión mongola, ahora la de Tamerlán, que los derrotó en la misma Ankara y llegó a encarcelar a Bayaceto en 1402.

Sin embargo, la vida de Tamerlán acabó por entonces y cesó la amenaza de Oriente, los turcos se recuperaron pronto y obtuvieron nuevas victorias en Varna en 1444 y otra vez en Kosovo cuatro años después. Con tales victorias, Constantinopla quedaba aislada y dispuesta a caer como fruta madura.

Esa fue la tarea que se impuso el sultán Mohammed II cuando subió al trono en 1451. Se trataba de un personaje singular, pues solo tenía 19 años cuando se convirtió en sultán y era homosexual declarado, lo que no le impidió formar una dinastía. Por otra parte era dado a la bebida, algo imperdonable en un musulmán, e inauguró la espantosa costumbre otomana de asesinar a sus hermanos al subir al trono para evitar problemas dinásticos. Pero era también un gran estadista y un excelente jefe militar, como lo demuestra que

consiguiera su principal objetivo, la toma de Constantinopla, solo dos años después, cuando tantos sultanes turcos la habían asediado y atacado durante años inútilmente.

Los turcos habían estado muy atentos al desarrollo de la artillería, y ya en la mencionada batalla de Kosovo en 1389 la utilizaron con provecho. Pero ahora, además, un ingeniero húngaro, un tal Urban, que había ofrecido sus servicios a los bizantinos y había sido rechazado, se ofreció al sultán para construir el cañón más grande conocido hasta entonces, una mole con un tubo de ocho metros de longitud y capaz de lanzar un proyectil de piedra de casi media tonelada.

Con semejante monstruo artillero y muchos más cañones puramente convencionales, los turcos bombardearon Constantinopla durante seis semanas, al cabo de las cuales las otrora poderosas murallas presentaban grandes brechas.

Había solo siete mil defensores y eran más de cien mil los atacantes, así que solo era cuestión de tiempo que los sucesivos asaltos obtuvieran éxito y, proverbialmente, lo consiguieron al tercero.

La caída de Constantinopla supuso la de la última muralla de contención para la expansión turca, Grecia entera y Servia cayeron en los años siguientes, e incluso Albania, donde se hizo famosa la resistencia de Scandeborg, que sucumbió en 1468.

Aquel avance por tierra pronto se vio acompañado de otro por mar, según los turcos, pueblo terrestre, fueron construyendo una marina eficaz. Aquello afectaba directamente a la mayor potencia comercial y naval del Mediterráneo, por entonces Venecia, y uno de sus almirantes, Pietro Loredano, consiguió derrotar a la incipiente marina turca en Gallípoli. Pero aquel no fue sino un triunfo momentáneo, y pronto las flotas imperiales otomanas dominaron no solo el Egeo y el Mar Negro, sino que se aventuraron por el Adriático y el Mediterráneo central. Venecia, tras ser derrotada por los turcos, estimó que le era más conveniente llegar a un arreglo con ellos que posibilitara su muy próspero comercio, que ligaba los mercados europeos con los de Extremo Oriente, y se inclinó por la paz y la coexistencia, siempre llena de sobresaltos con semejantes socios pero más productiva que la confrontación directa. Venecia

tenía además su frente occidental y terrestre muy ocupado por las luchas con otros estados italianos y, sobre todo, desde la aparición de franceses y españoles en la península itálica.

El siguiente sultán, Bayaceto II, fue un hombre de paz, probablemente urgido por la tarea de digerir tantas conquistas, pero su sucesor, Selim I, las continuó con gran éxito. Afortunadamente para Europa, entonces sometida a graves luchas internas, a la paz del primero siguió la orientación asiática del segundo, que se dedicó a derrotar a los persas, tradicional y tenaz enemigo de los turcos durante siglos, y a controlar Oriente Medio, es decir: los por entonces estados mamelucos de Siria y Egipto.

Los mamelucos habían sido originalmente esclavos, de origen circasiano, utilizados por primera vez en Egipto hacia el siglo XIII por el sultán como guardia personal y en número de mil doscientos. En 1252, la guardia se rebeló y asesinó al sultán, monopolizando a partir de entonces los mamelucos, sus familias y descendientes, el gobierno. El éxito de los mamelucos fue sorprendente, pues llegaron a dominar Siria y Palestina. Aunque se hicieron musulmanes para estar más cerca de sus súbditos, los estados basados en el dominio de un grupo relativamente reducido no pudieron resistir mucho tiempo la marea turca.

También cayó Arabia, tomando La Meca, lo que hizo que en lo sucesivo los sultanes turcos otomanos se adjudicasen el título de califas, es decir, de jefes políticos, militares y religiosos de todo el Islam. Para ello sus títulos eran escasos, aparte de que ejercieran de hecho el máximo poder, pues ni eran descendientes del Profeta y ni siquiera eran árabes.

A la muerte de Selim I en 1520, el Imperio Turco no solo controlaba Egipto, Arabia y Siria, aparte de la original Anatolia, sino que había conquistado Grecia, Albania, Servia y Bosnia, Bulgaria y parte de Crimea, teniendo como estados vasallos a Valaquia (ya en Rumanía) y buena parte de Ucrania y sur de Rusia.

Factor fundamental en esa expansión había sido el ejército turco, tanto por el uso masivo de la artillería que ya hemos mencionado, y

que supuso una ventaja decisiva tanto contra fortificaciones como en batallas campales, como por otros factores.

Entre ellos destacaba su magnífica caballería ligera de base feudal, los «spahíes», y la élite de la infantería, los temibles jenízaros. De unos y otros hablaremos detenidamente más adelante. Pero la masa del ejército eran miles de combatientes de solo mediana calidad, utilizados profusamente por los turcos como auténtica «carne de cañón». Su táctica consistía en que el enemigo se desgastara intentando deshacer aquella masa, para luego pasar al contraataque con las tropas de reserva de gran calidad. El sistema, por más que fuera costoso en vidas humanas, fue terriblemente eficaz contra los enemigos que tuvieron que enfrentar en aquella época (2).

Por su parte, la marina otomana no dejaba de crecer y perfeccionarse, y ya en la nueva guerra con Venecia entre 1463 y 1479 se impuso claramente a sus avezados enemigos, de quienes habían copiado los otomanos desde los buques a las tácticas de combate.

A la altura de 1520, año de la muerte de Selim, el Imperio Otomano superaba en extensión al Romano de Oriente, origen del bizantino, y casi exactamente sobre los mismos territorios. Pero el impulso otomano aún no se había agotado, y conocería el cénit en el reinado del siguiente sultán, llamado Solimán, y apodado nada menos que «el Magnífico».

UNA EUROPA DIVIDIDA

Aparte de las disputas entre católicos occidentales y ortodoxos orientales, lo cierto es que, en aquellos años, Europa tenía sus propios problemas y tardó en valorar lo que suponía la amenaza turca.

En el mismo año en que caía Constantinopla, se estaban riñendo las últimas fases de la «Guerra de los Cien Años» entre Inglaterra y Francia. Y lo cierto es que, pese a las tan cacareadas victorias de los arqueros ingleses sobre los caballeros acorazados franceses en Crécy y Agincourt, los franceses se habían impuesto finalmente

a sus enemigos, arrojándolos del continente y privándolos de la Normandía natal del fundador de la monarquía inglesa, Guillermo el Conquistador.

Aquella victoria fue una más del nuevo arma, la artillería, que se reveló decisiva también en campo abierto como, y sobre todo, contra las hasta entonces difícilmente superables fortificaciones medievales. El sistema militar francés, basado en ella, como complemento y preparación de una aplastante carga de su caballería pesada y de los nuevos infantes armados con largas picas desarrollados por los suizos, pareció que iba a dominar la Europa occidental, sobre todo cuando la derrotada Inglaterra se vio sumida en una suicida guerra civil, llamada «De las dos Rosas», de la que solo emergió como potencia a tener en cuenta ya bien entrado el siglo XVI.

La potente Francia, entonces el estado más rico, centralizado y poblado de Europa occidental, y dotado de un magnífico y probado ejército, se centró entonces en la expansión, tanto contra Flandes y Borgoña como, y especialmente, contra la entonces próspera pero dividida Italia. Pero las tan prometedoras perspectivas se vieron frustradas por la aparición de una nueva potencia: la monarquía española.

Isabel de Castilla y Fernando de Aragón habían nacido poco antes de la caída de Constantinopla, dos y un año antes respectivamente. Se casaron en 1469 y subieron a sus respectivos tronos, no sin problemas y hasta guerras internas, Isabel en 1474 y Fernando en 1479. Aparte de la unión dinástica entre ambos reinos, pero insistamos, no institucional, la tarea conjunta de los llamados Reyes Católicos, título concedido por el Papa en 1496 y que desde entonces llevaron todos los monarcas españoles, fue la conquista del reino nazarí de Granada, lograda en enero de 1492 y que en su tiempo se vio como una revancha de la Cristiandad por el triunfo turco en Constantinopla unos cuarenta años antes: si en un extremo de Europa el Islam avanzaba, retrocedía en el otro, y ya de forma definitiva.

En aquella guerra se forjó el instrumento que los reyes de España iban a utilizar profusamente y con éxito arrollador durante siglo y medio: el nuevo ejército, que también se componía de artillería y

caballería, aunque esta, a diferencia de la francesa, fuera predominantemente ligera, pero y sobre todo, de la nueva infantería, aparte de los piqueros, dotada de armas individuales de fuego: las espingardas primero y después los arcabuces y mosquetes, y el énfasis dado a los zapadores, tanto en las fortificaciones de campaña como en la guerra de minas en los asedios.

Aquella infantería de voluntarios pagados por la Corona, en puridad, el primer ejército moderno de Europa y ya sin resabios medievales apenas, se organizó primero en coronelías y luego en tercios, unidades inspiradas en las legiones romanas. Y esta organización les confirió una flexibilidad táctica desconocida hasta entonces en la infantería que pasó a ser el arma decisiva en detrimento de la caballería y hasta de la primitiva artillería de la época, lo que junto con las nuevas armas de fuego individuales, los convirtieron en los mejores soldados de Europa hasta la segunda mitad del siglo XVII (3).

Acabada la guerra de Granada, y cuando todavía no se valoraba en su justa medida la importancia del descubrimiento de América, logrado en octubre de aquel mismo año, la política de Fernando, deseoso de restaurar el dominio de la Corona de Aragón en Nápoles y Sicilia, así como de recuperar el Rosellón y la Cerdeña, la Cataluña traspirenaica, le llevó al conflicto con Francia, en el que el nuevo ejército español y las muy altas dotes de Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado «el Gran Capitán», se impusieron a los ejércitos franceses, aunque la vitalidad del enemigo y la tenaz política de sus reyes hiciera constante la guerra francoespañola durante toda la primera mitad larga del siglo XVI.

Era, como hemos dicho, un objetivo de Aragón, pero lo cierto es que fue solo posible gracias al apoyo de Castilla, hasta entonces con los Trastámaras, aliada tradicional de Francia.

La otra gran potencia europea, el Sacro Imperio Romano Germánico, afectado más directamente por el avance turco, era, pese a su extensión, un conglomerado de reinos, principados, ducados, ciudades independientes y otras entidades poco capaz de una acción común, incluso contra un enemigo tan evidente y peligroso como los otomanos. Para la época de la caída de Costantinopla, ade-

más, a todas aquellas disensiones se había unido la religiosa, con la aparición de la herejía husita. Aunque minoritarios, los seguidores de Juan Hus habían mostrado un gran talento militar al utilizar pequeñas piezas de artillería montadas sobre carros. Al aparecer la caballería enemiga, los husitas formaban un círculo defensivo que los caballeros no podían romper. Por ello extendieron la guerra y su fe muy por fuera de sus comarcas originales en Bohemia. Y aquello era solo el prólogo de lo que serían luego guerras de religión a raíz de la reforma luterana, situación en la que, con excesiva frecuencia, los renuentes súbditos del imperio estaban mucho más interesados en destrozarse entre sí que en hacer frente a la amenaza turca.

LA LUCHA POR EL NORTE DE ÁFRICA

Aparte de sus preocupaciones europeas, y muy secundariamente todavía, americanas, los Reyes Católicos se impusieron la tarea de reconquistar el Norte de África, que recordemos tenía un amplio pasado helenístico y romano, y cristiano por tanto. En parte parecía la continuación lógica de la tarea secular de la Reconquista, y en parte se hacía para evitar la creciente piratería que desde aquellas costas se dirigía contra las peninsulares y baleares, aparte del claro interés estratégico de controlar las dos orillas del Estrecho, el mar de Alborán y en lo posible, y de acuerdo con los nuevos territorios en Italia, el Mediterráneo occidental en su conjunto.

Tal vez la primera afirmación precise de una explicación, acostumbrados como estamos hoy a considerar al Magreb como parte integrante del Islam. Para los españoles de la época, los musulmanes no tenían muchos más derechos sobre aquellos territorios que los que habían tenido para ejercer su dominio en la Península Ibérica. Todos recordaban que aquellas tierras habían sido antes cristianas, y que uno de los más notorios Padres de la Iglesia, San Agustín de Hipona, había sido obispo de aquella ciudad tunecina.

Claro que la tarea se demostró difícil contra un enemigo duro y

obstinado y hubo siempre otras atenciones y otros polos de atracción, tanto en Europa como en América, por lo que la empresa quedó pronto reducida a la conquista de enclaves estratégicos en la costa africana, más que a la efectiva y en profundidad del territorio, seguida de colonización. Y ello pese a los deseos expresos y continuas presiones del cardenal Cisneros, primero como consejero de los reyes y luego como regente (4).

También había que tener en cuenta a Portugal, que incluso había iniciado la empresa con anterioridad, y que se reservaba Marruecos y su costa atlántica como objetos de su expansión, siendo uno de sus primeros pasos la conquista de Ceuta en 1415.

Aquellos territorios no formaban parte del imperio otomano, y singularmente Marruecos nunca caería bajo su férula, pero no tardarían en hacerlo los argelinos, tunecinos y libios, por lo que nos interesa saber lo que sucedió en dichos lugares.

Instrumento decisivo en aquella lucha iban a ser, aparte del ejército, del que ya hemos hablado, las fuerzas navales de los Reyes Católicos. Aragón tenía un glorioso pasado naval en el Mediterráneo durante la Edad Media, con figuras como Roger de Lauria, pero desde entonces el poder marítimo aragonés había decaído mucho, por lo que el protagonismo pasó a la marina de Castilla.

Esta, con unos orígenes más modestos, estaba en mucho mejor forma para la misión. Había sido un arma decisiva durante la Reconquista, especialmente cuando la escuadra norteña de Ramón Bonifaz había hecho posible la conquista de Sevilla, y lo siguió siendo para conquistar el litoral enemigo, apoyar al ejército e impedir el paso de refuerzos islámicos desde África. Durante la Guerra de los Cien Años había apoyado decisivamente a Francia, siguiendo la política de los Trastámaras españoles, y en esas campañas, en que llegaron incluso a saquear e invadir las costas inglesas tras derrotar sus escuadras, destacaron almirantes como Sánchez de Tovar y Pero Niño. Nuevamente en la conquista de Granada su apoyo había sido esencial, ganando el control del Estrecho y mar de Alborán (5).

Era, en suma, una fuerza con una amplia tradición y muchos logros a sus espaldas, y que fue también objeto del celo reformador

y modernizador de Isabel y Fernando, pues la mejora de tal instrumento les era indispensable, no solo para luchar contra los africanos, sino para su política europea e italiana.

El primer fruto tangible de esta política fue la incruenta toma de Melilla, abandonada por sus pobladores, hecho que tuvo lugar el 17 de septiembre de 1497, y hasta entonces base de corsarios. Curiosamente a la empresa se opuso Colón, entonces almirante de las Indias, por lo que suponía de diversión de esfuerzos respecto a la empresa americana, y porque sería una posesión de escasa utilidad y costosa conservación (6).

Por entonces también se ocupó pacíficamente la isla de los Gelves o Djerba, en la costa de Túnez, entregada por sus naturales, hartos de los ataques de los moros del interior. Realizaron la ocupación los hombres de las galeras del mando de don Álvaro de Nava.

Aquella era una magnífica posesión, en lugar estratégico y que no había costado nada. Pero la lucha en Italia contra los franceses rebrotó, y el rey Fernando ordenó a don Gonzalo Fernández de Córdoba que centrara todos sus recursos y hombres en aquella lucha, por lo que la plaza volvió al dominio de sus naturales en 1500. Nadie sabía por entonces los tremendos esfuerzos y la mucha sangre que se iban a verter en los años siguientes por reocupar aquella posesión que tan descuidadamente se abandonaba.

Tuvo por entonces lugar el primer choque directo entre españoles y turcos. La cuestión tuvo su origen en la siempre difícil política italiana de alianzas y contraalianzas, cuando Venecia solicitó en 1500 la ayuda de los reinos cristianos al ser acometida por los otomanos en sus enclaves de Grecia.

El mismo «Gran Capitán» embarcó con ocho mil hombres, aparte de los cuatro mil marineros, en la escuadra que zarpó de Málaga en 1500 con no menos de 60 buques de todas las clases. En Mesina, puerto de Sicilia, se les unieron algunos buques más y otros dos mil hombres y, ante el apremio de los angustiados venecianos, zarparon el 27 de septiembre en número de más de 70 buques, reuniéndose en la isla de Zante con la escuadra veneciana, reducida por las derrotas navales previas ante los turcos y por los temporales a solo 33 galeras.

La expedición consiguió reconquistar la isla de Cefalonia y alejar el peligro turco, por lo que aquel invierno, los españoles volvieron a sus bases peninsulares. Aquella fue la primera vez que españoles y venecianos se aliaron contra los otomanos, pero no sería la última, ni los escenarios de la lucha variarían sensiblemente durante todo el siglo que empezaba.

Ya en 1500, la lucha tuvo lugar en la propia España, al alzarse los moros de Granada contra la política de conversiones forzadas de Cisneros, en contra de las capitulaciones de rendición de ocho años antes, que les aseguraban el respeto a su religión y costumbres.

Aparte del esfuerzo terrestre, fue necesaria una escuadra de 33 buques para bloquear las costas e impedirles la comunicación con sus correligionarios norteafricanos, a quienes pidieron ayuda.

Tras no pocas luchas, la sublevación fue vencida, dictándose entonces la orden de destierro a África de todos los que no quisieron convertirse al cristianismo. Muchos lo hicieron, pero la mayoría quedó en España, simulando la conversión.

Esta política, aparte de no respetar lo acordado, resultó torpe en muchos sentidos: los emigrados supusieron, con su cultura y conocimientos, una considerable aportación para los norteafricanos, considerablemente más retrasados, incrementando así el peligro que estos suponían. Y en cuanto a los que quedaron en España y oficialmente convertidos, los moriscos, el problema no hizo sino reaparecer y en condiciones peores en el reinado de Felipe II, como veremos.

Indudablemente lo peor de aquella expulsión fue que los moros españoles desterrados, llevados de un comprensible afán de venganza, se convirtieron en corsarios o en asesores inapreciables de estos, con lo que la piratería aumentó sus éxitos, no ya solo contra la navegación, sino en audaces incursiones en tierra firme, llevándose todo tipo de botín, hasta ganado, y, por supuesto, secuestrando personas para pedir por ellas un elevado rescate o ser vendidas como esclavos, la principal fuente de ingresos de los corsarios berberiscos.

Todo ello no hacía sino reforzar la pretensión del cardenal Cisneros de que era imprescindible la conquista de la costa norteafricana, y como los reyes pretextaran la falta de dinero para la

empresa, el cardenal puso a su servicio los de las rentas eclesiásticas de su diócesis de Toledo, entonces la más rica de España.

Gracias a dicha ayuda se pudo financiar, al menos en parte, la expedición contra Mazalquivir, deformación española de Mers el Kebir, a su vez traducción al árabe del antiguo nombre romano del enclave argelino de Portus Magnus. A la sazón era una importante base de corsarios, y desde allí se atacaba toda la costa española, singularmente Almería. Los portugueses habían intentado tomarlo en 1496 y 1501, pero en ambas ocasiones fueron rechazados, especialmente por la poderosa artillería del castillo que guardaba su entrada.

Se preocupó Cisneros de recabar toda clase de información sobre la plaza y sus defensas, y así, el 29 de agosto de 1505, zarpaba de Málaga una importante expedición con el fin de tomar aquel estratégico puerto.

El jefe naval de la expedición era don Ramón de Cardona, y el de la fuerza de desembarco don Diego Fernández de Córdoba. Totalizaba entre marineros y soldados unos 10.500 hombres, y unas 140 embarcaciones que, salvo seis galeras, eran por lo general buques pequeños como fustas, bergantines y carabelas.

El problema principal, una vez superado el mal tiempo que impuso un retraso en la expedición, era afrontar el castillo que vigilaba la entrada al puerto con su poderosa artillería. Para ello se dispuso de algo muy ingenioso:

Dos naos grandes de Juan de Lezcano y una de Flores de Marquina se prepararon para resistir los tiros de la artillería enemiga blindando sus costados con sacas llenas de lana y de algas, además se reforzó su artillería con numerosas piezas ligeras. Evidentemente, los barcos de madera no podían luchar en igualdad de condiciones con las fortalezas de tierra, pues la piedra es más resistente que la madera, y salvo un impacto directo en una de las piezas enemigas, poco daño les podían hacer, mientras que el buque se mostraba en toda su fragilidad al fuego enemigo. Hasta la época de los blindados, ya en el siglo XIX, las escuadras habían evitado por lo general los duelos con las fortalezas de tierra, y el mismo Nelson aseguraba que un cañón en tierra valía por cuatro embarcados. Ello explica las

defensas puestas en las naves y el hecho de embarcar numerosa artillería ligera, de tiro rápido, para abrumar a los artilleros enemigos.

Las tres naos se acoderaron frente al castillo y lo sometieron a un fuego infernal, sufriendo ellas la respuesta de las piezas enemigas, entre las que había un cañón que arrojaba balas de a 40 libras de peso. Se distinguió especialmente la nave de Flores de Marquina, que fue la que más se aproximó, y las defensas de los buques dieron buen resultado pues, pese a ser alcanzada y atravesada la nao de Flores de Marquina por una de las enormes balas del gran cañón argelino, los daños y bajas fueron mínimos, mientras que el enemigo sufrió cuantiosas pérdidas y entre ellas la muy significativa del alcaide de la fortaleza.

Al abrigo de las tres naves que abrumaban al castillo, pasó la escuadra dentro del puerto, desembarcando con toda celeridad y orden las tropas, que pronto tomaron y aseguraron las primeras posiciones. De tal modo se llevó el ataque que, iniciado el 11 de septiembre, ya el 13 se rendían los defensores. El 24, después de dejar allí una guarnición de seiscientos hombres, la victoriosa expedición regresaba a Málaga.

Pese a todas aquellas conquistas, la actividad de los corsarios berberiscos siguió en aumento, mejorando no solo sus beneficios, sino su pericia y armamento. Mientras, y con la atención dispersa en muchos sentidos, no se ponía la debida atención a los buques que debían reprimir a los cada vez más audaces y potentes corsarios.

Un desgraciado ejemplo sirvió de muestra: el virrey de Nápoles, sabiendo que una escuadrilla corsaria saqueaba las costas de Cerdeña, envió contra ella una de seis galeras, tres del reino y las otras de armadores particulares, dos de ellas de los hermanos Bautista y Galeazo Justiniani, llamados los Gobos. Para la ocasión se reforzaron sus remeros y se embarcaron cien soldados más en la capitana.

A poco se toparon con el enemigo, también fuerte en seis embarcaciones, empezando el combate. Una de las de los Gobos se vio en situación apurada, y su hermano abandonó el combate general para ir a ayudarla, entre las dos rindieron al enemigo, pero habían dejado a las cuatro galeras hispanas restantes luchando contra cinco enemigas y sucedió lo inevitable: que ante la superioridad, tres de las

galeras cayeran presas. Así, en un combate de igual a igual, se perdieron tres buques por uno de los enemigos. Y no era esto lo peor, sino el hecho de que los corsarios, en vez de huir en cuanto veían buques guardacostas, eran capaces de enfrentarlos y vencerlos.

Pero la política de conquista de enclaves en África prosiguió denodadamente, ocupándose sin resistencia otra pequeña base de corsarios, el Peñón de Vélez de la Gomera, por don Pedro Navarro, un gran jefe español, veterano de Granada e Italia, y revolucionario introductor de la guerra de minas.

Protestó el rey de Portugal, don Manuel, por la conquista del Peñón de Vélez, aduciendo que estaba en la costa marroquí que se reservaba, pero la cuestión quedó en poco cuando tuvo que pedir ayuda a don Fernando para rechazar el ataque contra su posesión de Arcila, ayuda que por dos veces tuvo que prestarle Pedro Navarro en sendas expediciones en 1508 y 1509.

Cisneros preparaba otra expedición mucho más importante que la del pequeño peñón. Para ello la coyuntura era muy favorable, sobre todo por las disensiones internas entre los moros, llegando a enviar embajada al rey Fernando el de Túnez ofreciéndole su ayuda para conquistar Orán a cambio de apoyo contra su enemigo, el rey de Tremecén.

Desde un primer momento hizo Cisneros suya la empresa, obteniendo, y pese a su condición de cardenal, arzobispo y fraile franciscano el título de capitán general de la expedición, llevando como segundo a Navarro.

Componían la expedición nada menos que 80 naos y diez galeras, aparte de numerosas embarcaciones menores, y una fuerza de desembarco de doce mil infantes y tres mil jinetes, zarpando todos de Cartagena el 16 de mayo de 1509, no sin que Cisneros hubiera tenido que sofocar con mucha mano izquierda un motín entre las tropas por la falta de pagas.

El 17 por la noche fondearon en Mazalquivir, base inapreciable de operaciones contra el muy próximo Orán, y pronto estuvo la tropa desembarcada y lista para iniciar el avance.

Al día siguiente, el ejército acometió al enemigo, poco inferior y situado en las lomas entre las dos ciudades, mientras que la escua-

dra se acercaba a Orán bombardeándolo y poniendo en tierra más hombres por aquel otro lado. El doble ataque fue demasiado para los defensores, que se desbandaron, pese a que en la misma Orán contaban con no menos de 60 cañones.

Con menos de 30 muertos se tomó Orán, sus fortalezas, armas y riquezas, causando al enemigo en el asalto y persecución unos cuatro mil muertos y haciéndole cinco mil prisioneros, al tiempo que se liberó a trescientos cristianos cautivos, mantenidos allí como esclavos.

La importancia y facilidad de la victoria impresionó a muchos, que llegaron a hablar de milagro, aunque parece que tuvieron que ver con ellas las disensiones del enemigo, avivadas desde la vecina Mazalquivir.

En cualquier caso, la alegría en España se desbordó, y el mismo viejo rey don Fernando, ya viudo, empezó a ver con más agrado la empresa africana. Incluso se pensó en una enorme expedición a África, con más de treinta mil soldados de infantería y ocho mil quinientos de caballería embarcados en doscientas treinta naos requisadas en los puertos vascos y cántabros. De nuevo otras consideraciones y peligros hicieron abortar la empresa, en la que iba a participar personalmente el monarca.

Sin embargo, la decisión era clara y pronto se obtuvo un nuevo éxito, aunque limitado. A fines de 1509, y de nuevo al mando de don Pedro Navarro, se juntó escuadra de veinte naos y cuatro mil quinientos hombres de desembarco, que el 5 de enero de 1510 sorprendieron y tomaron al asalto Bujía, anotándose otra tan importante como poco costosa victoria, de nuevo facilitada por las disensiones entre el enemigo.

Navarro explotó la victoria en el interior de tal manera que a poco, la atemorizada Argel firmaba un acuerdo el 24 de abril por el que se reconocía tributaria de los reyes españoles, seguido poco después por el acuerdo firmado con el bey de Túnez el 23 de mayo, reconociéndose también tributario y entregando los esclavos cristianos que tenía en su poder.

Pero aún debía rematar Navarro sus victorias: en el verano de aquel año juntó en la isla de Faviñana hasta 150 naves y unos 15.000

hombres de desembarco, el 15 de julio dio la vela y el 25 fondeó frente a Trípoli, objetivo de la expedición.

Inmediatamente empezó el bombardeo de la plaza y el desembarco de la fuerza, luchándose encarnizadamente primero en el puerto, después en las murallas y luego en las calles de la ciudad, hasta que tras durísima lucha, los defensores se desbandaron y la plaza fue tomada.

De nuevo el botín fue enorme, incluyendo nueve buques del puerto y otros que, sin saber lo ocurrido, fueron entrando en los días siguientes, figurando entre ellos una gran carraca turca. Se liberaron 170 cautivos y se hicieron miles de prisioneros, y todo ello con una pérdida de 300 muertos, incluido el almirante don Cristóbal López de Arriarán.

La toma de Trípoli en 1510 supuso el cénit de los éxitos militares españoles en el norte de África. El júbilo en España, en Roma (que había alentado constantemente estas expediciones) y en toda la Cristiandad fue enorme, pues parecía que el terreno perdido en los Balcanes se estaba ganando y con creces en el otro extremo del Mediterráneo. Las principales plazas y ciudades o habían sido tomadas o se declaraban tributarias, y la piratería berberisca pronto no sería más que un mal recuerdo.

Sin embargo, las cosas no tardaron en torcerse de una manera sorprendente por lo rápido e inesperado, cuando todo parecía anunciar que la conquista española del Magreb, o al menos de su franja costera, era cosa poco menos que conseguida, a falta solo de algunas campañas que completaran la larga cadena de fáciles victorias.

El activo Navarro, apenas asegurada su nueva conquista, se acercó con sus ocho galeras a reconocer la isla de los Gelves o Djerba, otro nido de corsarios, y, como sabemos, entregada hacía poco por sus naturales y luego abandonada por los españoles. En esas aguas se reunió con Navarro don García de Toledo, jefe de una nueva expedición que había zarpado de Málaga con quince grandes naos y siete mil soldados.

El 29 de agosto se hizo el desembarco, marchando seguidamente la tropa hacia sus objetivos. Pero el sol veraniego y la sed hicieron

pronto que todos se sintieran agotados e incluso algunos se quedaron por el camino. La vanguardia llegó a un olivar, donde entre casas medio derruidas había algunos pozos, y el ansia por beber rompió las formaciones e hizo olvidar la disciplina. Los defensores, muy inferiores en número, pues no eran sino 120 jinetes y unos dos mil infantes, aprovecharon el momento para atacar, tomando por sorpresa al ejército invasor en el que el pánico fue general y le convirtió en presa fácil, no pensando cada soldado más que en la huida. En vano don García y unos pocos fieles intentaron oponerse a la avalancha y hacer reaccionar a sus hombres. El desastre concluyó con casi cinco mil hombres muertos o apresados por el enemigo, e incluso se perdieron dos buques al acercarse a la costa para rescatar a los aterrados fugitivos y embarrancar en los escollos.

Para aumentar las ya graves bajas, saltó un temporal en cuanto estuvieron todos embarcados, perdiéndose otros tres buques: dos carabelas y una nao. De vuelta ya a sus bases, se desató otro temporal, con nuevas pérdidas y dispersión total de la flota.

El animoso Navarro, que había sido muy criticado por el desastre anterior, decidió, no obstante, volver a la lucha en cuanto hubo reorganizado sus tropas y buques, poniéndose en la mar en octubre con sesenta buques y ocho mil hombres de desembarco. De nuevo le fue adverso el tiempo y al menos seis buques se perdieron sobre la costa africana.

En 1511, al año siguiente, se repitió el desastre, si bien mucho menor, con una expedición sobre la isla de los Kerkenes. Desembarcados 400 hombres para preparar el asalto, se dispusieron a pasar la noche abrigados por un fuerte de campaña que habían construido. Pero, fuera por traición o por descuido en la vigilancia, en la noche del 23 de febrero fueron sorprendidos y degollados por sus enemigos.

Aquellos reveses, cuando se intentaba completar la conquista de la fachada marítima norteafricana, y los últimos refugios de los corsarios mostraron sin duda la excesiva confianza de los españoles tras los primeros, grandes y fáciles éxitos. Por sí solas estas derrotas

no hubieran supuesto gran cosa, pero lo cierto es que los tiempos estaban cambiando, y eran ya adversos al avance español.

De nuevo pensó el ya mayor don Fernando ponerse a la cabeza de una gran expedición contra África y, de nuevo, complicaciones europeas le hicieron desistir de la expedición y de su empeño personal.

Aquello permitió la recuperación del enemigo, que llegó a atacar Trípoli en el mismo febrero de 1511, siendo rechazado gracias al refuerzo llegado de Sicilia con barcos y hombres. Lo mismo intentó contra los portugueses de Tánger, y con el mismo resultado, gracias de nuevo al apoyo de los españoles.

Dentro de la continua y pequeña guerra entre corsarios y los mercantes cristianos y los guardacostas, ocurrió un encuentro de mayor entidad a fines de junio de 1515, cerca de la isla de Pantelaria, entre las nueve galeras de don Luis de Requeséns, que escoltaban a una nao y a un galeón, y las trece fustas del corsario Solimán.

Los veleros habían salido por delante y los corsarios se dirigieron hacia ellos soñando con una gran presa, pero en esto llegaron las galeras de Requeséns y se entabló duro combate. Pese a su superioridad numérica, las fustas eran inferiores a las galeras, y sobre todo, en artillería y armas de fuego, por lo que tras dos horas de dura lucha, tres de las fustas se habían hundido y seis fueron apresadas, salvándose las otras cuatro a duras penas. El número de enemigos apresados subió a 900, más de la mitad turcos, lo que era un mal síntoma, pues implicaba que los otomanos empezaban a hacer su aparición en el Mediterráneo central y occidental.

EL PRIMERO DE LOS BARBARROJA

Fue por entonces cuando saltó a la fama un nuevo corsario, un tal Oruch, apodado Barbarroja. Hijo de una cristiana y de un renegado de la isla de Lesbos (entonces Mitilene), dejó a los veinte años el humilde oficio de alfarero del padre por empresas más prometedoras. Embarcado, no tardó en ser apresado y condenado al remo por

los caballeros de San Juan, de los que huyó tras dos años de duro banco. Enrolado en una galera turca, no dudó en amotinarse contra el capitán o arráez y hacerse con el mando, empezando así una activa vida de corsario (7).

Al mando ya de una galera, de una fusta y de un bergantín, apresó cerca de Lípari una nao española, tras comprar al contra maestre, que era genovés, quien barrenó sus fondos e impidió la hasta entonces afortunada resistencia de los 300 soldados que llevaba. Aquel primer gran éxito fue decisivo, pues aparte de dinero y esclavos para el remo o para la venta, Barbarroja consiguió acrecentar su fama.

Sus presas, que vendía en Túnez con preferencia, se sucedieron cada vez más abundantes y ricas, y pronto llegó a reunir doce galeras a sus órdenes, sin contar buques menores como fustas y bergantines.

Sin embargo, carecía de una buena y segura base para sus embarcaciones, y puesto de acuerdo con el rey de Túnez, intentó recuperar Bujía. Pero el ataque se saldó con un fracaso, al arrancarle una bala de cañón su brazo izquierdo, que sustituyó con uno de plata. Tras nuevos éxitos en la mar, volvió al ataque de Bujía en 1515, pero de nuevo fue rechazado, ya casi cuando saboreaba el éxito, por la oportuna llegada de las cinco naos de un capitán vasco, Machín de Rentería, que no dudó en saltar a tierra y tomar y clavar los cañones del corsario. Este, que como Cortés había quemado sus naves para mostrar su determinación de obtener a toda costa la victoria, se encontró arruinado, sin naves y en penosa situación.

Parecía que la buena estrella de Barbarroja se había eclipsado, pero el audaz corsario se crecía con las derrotas y estaba dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad. Esta se la brindaron las convulsiones en Argel, como sabemos entonces todavía tributaria de los españoles, y en donde una gran masa de la población, privada de las ganancias derivadas del corso, temerosa de la expansión española y recelosa de que no terminaran como sus hermanos granadinos, de los que había muchos entre ellos, querían volver a la lucha. En la decisión pesó la muerte del rey don Fernando en enero de 1516, al que sucedió Cisneros como regente hasta la llegada a España del

nieto de los Reyes Católicos, Carlos I, heredero de la corona por la muerte de su padre, Felipe, y la locura de su madre, Juana.

Barbarroja se puso al frente de los revolucionarios, tomó el poder y asesinó al propio Bey, sustituyéndole en agosto de aquel año. Pero frente al puerto de Argel había un pequeño peñón fortificado por Pedro Navarro, donde había dejado una pequeña guarnición que vigilase la ciudad, siendo su jefe un mallorquín, mosén Nicolau Quint, con doscientos hombres, quien no tardó en informar de la revolución argelina.

El peligro era grave, así que se envió una expedición al mando de don Diego de Vera, desde Cartagena, con cuarenta buques y entre siete y ocho mil hombres de desembarco con la orden terminante de apoderarse de la díscola ciudad.

El 30 de septiembre desembarcaron las tropas pero, apenas puestas en tierra, sufrieron una carga de la caballería argelina que las puso en completa huida, con pérdida de más de tres mil hombres y prisión de otros cuatrocientos, por escasas bajas entre los defensores.

La victoria significó la consagración del liderazgo entre los argelinos de Barbarroja, que hizo venir con él a su hermano, y luego sucesor, Jayredin, entonces corsario con base en los Gelves, y a otro menor, Mancete, al que encargó que reclutara turcos para su guardia personal.

Aquel fue el comienzo de su grandeza, pues valiéndose de toda clase de argucias y con la determinación de suprimir a cualquiera que interfiriese en sus planes, se hizo con el control de los reinos de Túnez y de Tremecén, aprovechando y fomentando las luchas intestinas en uno y otro. También el del renacimiento de la resistencia magrebí, cada vez más apoyada por el imperio otomano como principal apoyo contra la ofensiva española, hasta aceptar su vasallaje, hecho que no tardaría en tener lugar.

En resumidas cuentas, el proyecto de Cisneros había fracasado, aunque bien es cierto que los problemas en Italia y con Francia habían hecho imposible la continuidad de la ofensiva, única garantía de éxito. Se habían conquistado bastantes enclaves estratégicos, pero no se había rematado la tarea y hasta se habían cosechado desastres al final. Y todo para que, es cierto que con la impensada aparición de los hermanos Barbarroja, el enemigo se hubiera echado en brazos de un

adversario mucho más temible: el Imperio Otomano. Tampoco fue un éxito la política de expulsión de los musulmanes españoles, que reforzaron decisivamente las dotaciones y las tropas de los Barbarroja, y entre los que se encontraban algunos de sus mejores soldados, armados con arcabuces y escopetas, armas hasta entonces poco difundidas entre los magrebíes. La situación, lejos de mejorar, había empeorado en muchos sentidos, y la tarea de enderezarla correspondía a un joven e inexperto monarca, Carlos I, demasiado ocupado por los múltiples problemas que le surgieron desde el principio en los vastos, distantes y variados territorios en que fue rey primero y emperador después.

NOTAS

- 1.- La expansión otomana, sobre todo en su aspecto militar en MONTGOMERY, Bernard: *Historia del Arte de la Guerra*, Aguilar, Madrid, 1969, cap. XI, pp. 245 y ss.
- 2.- Un ejemplo de esa táctica otomana en la misma y decisiva batalla de Nicópolis en REGAN, Geoffrey: *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 27-30.
- 3.- Sobre el origen y primitiva organización de los Tercios, vid QUATREFAGES, René: *Los Tercios*, Servicio de Publicaciones del Ejército, Madrid, 1983.
- 4.- Una biografía de Cisneros por NAVARRO Y RODRIGO, Carlos: *El cardenal Cisneros*, Sarpe, Madrid, 1986.
- 5.- La obra clásica sobre la cuestión es la de FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Marina de Castilla*, Edición facsímil de la original, Instituto de Estudios Zamoranos, Madrid, 1995.
- 6.- Seguimos para las operaciones la también clásica de FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, en la edición del Museo Naval de Madrid, facsímil de la original, Madrid, 1973 y ss., Vol. I.
- 7.- Una historia de los hermanos Barbarroja y de los corsarios berberiscos en general en HEERS, Jacques: *Los berberiscos*, Ariel, Barcelona, 2003.